

DE VERBIS ANSELMI

[EPISTOLA.]

El venerable Padre Anselmo, cuando aún era abad de Bec, un día mientras meditaba profundamente, se perturbaba en exceso con sus pensamientos. Un monje suyo que estaba presente le dijo: «Padre, por Dios, os ruego que me digáis en qué pensáis, pues veo que os turban vuestros pensamientos.» Él respondió: «Lo diré. Estaba pensando en esto: si hubiera un hombre rico que tuviera un rebaño de ovejas, y llamara a un niño tan débil y pequeño que un lobo al venir podría llevarse fácilmente tanto al niño como a cualquier oveja, y le confiara el cuidado de sus ovejas, de tal manera que si perdiera alguna de ellas, su alma iría en lugar de la de la oveja, ¿no debería temer mucho? Pero si a una de esas ovejas, quizás la más débil y necia, le confiara el cuidado de las demás diciendo: Oveja, cuida de estas ovejas, y sabe que si pierdes alguna de ellas, reclamaré su sangre de tu mano, y tu alma será por la suya, ¿no debería temer esa oveja? ¿Qué seguridad podría tener? Así es conmigo. Yo, dice, soy un niño pequeño, una oveja débil y frágil, fácil de arrebatarse como cualquier otro, a quien Dios ha confiado el cuidado de sus ovejas para que las gobierne, cuide y alimente, con la condición de que si por mi negligencia alguna de ellas se pierde, mi alma será por la suya, y Dios reclamará su sangre de mi mano. Por eso temo, por eso me perturbo, porque sé que es terrible caer en las manos del Dios viviente.» Y el hermano, compasivo, dijo: «Padre, que Dios esté con vos, ¿por qué pensáis y decís tales cosas? Nadie piensa lo que vos pensáis, mirad que otros abades se alegran y están contentos.» Respondió: «Quizás Dios les ha dado seguridad, por eso se alegran y están felices; pero a mí no me la ha dado, por eso con razón temo, porque sé que Él exige su dinero con intereses de aquellos a quienes se lo ha confiado.»

DICTA ANSELMI.

El juicio real es un juicio buscado voluntariamente, el juicio del monje es impuesto. La abstinencia de cualquier poderoso secular proviene de su propia voluntad. La abstinencia del monje depende del juicio del prelado. La tristeza del rey o de cualquier poderoso es soberbia. La tristeza del monje es suave y llena de compunción. Hay tres cosas que hacen que un hombre viva honestamente entre los hombres: la vergüenza, el silencio, la modestia.

Un monje de Bec fue solicitado para el episcopado de la Iglesia de Beauvais, y cuando San Anselmo, abad, no quiso dar su consentimiento a esta elección, y no concedió a su monje a los solicitantes, dijeron los peticionarios: «Padre, nosotros lo elegimos, él no se impone, ¿por qué no queréis conceder lo que pedimos?» Él respondió: «Si Dios mismo me eligiera, aún temería, porque Él eligió a Saúl por el profeta, y a Judas el traidor por sí mismo, y ambos fueron reprobados.»

309-310 ALGUNAS PALABRAS ÚTILES (G)*

COLECTADAS DE LOS DICHOS DE SAN ANSELMO, ARZOBISPO DE CANTERBURY.

Oh hombre, que subsistes de un alma racional y carne humana, de condición miserable, lleno de muchas miserias, pobre y ciego, desnudo, sujeto a muchas necesidades, vuelve a tu corazón. ¿Por qué vagabundeas afuera? ¿Por qué buscas afuera? ¿Por qué te esfuerzas en lo carnal? ¿Por qué te involucras en lo secular? ¿Por qué te envuelves en vanidades? Te deleitas en lo inferior, y te alejas de todo lo interior y superior; te dispersas en lo que está afuera, y te confundes en lo que está dentro de ti. Cuanto más te acercas al mundo, más te alejas de Dios.

Cuanto más sabio eres afuera, más necio te vuelves dentro. Cuanto más ganas afuera, más pierdes dentro. Cuanto más vagabundeas en lo que está afuera, más te vacías dentro. Cuanto más te preocupas por lo temporal, más mendigo eres en lo espiritual. ¿Qué es lo que ordenas todo, y no quieres ordenarte a ti mismo? ¿Qué es lo que eres prudente en todo, y en cuanto a ti mismo insensato? ¿Qué es lo que te preocupas por hacer bien todo lo que está afuera, y te dejas ser siempre malo e inútil? ¿Duerme en ti el Espíritu de Dios, y vigila en ti el espíritu del mundo? ¿Vacía en ti la razón, y florece en ti el sentido? ¿Se extingue en ti el Espíritu de Dios, y domina en ti la carne del mundo? ¿Hierve en tu corazón el amor a las cosas terrenales y muere en ti el amor a los bienes eternos? ¿Amas el mundo y abandonas a Dios? ¿Te acuerdas de todo, y te olvidas de ti mismo? ¿Deseas y amas las cosas que están sobre la tierra, y no te preocupas por las celestiales? ¿Te acercas a la perdición, y te alejas de la salvación? ¿Corres hacia el diablo, y te alejas de Dios? Vuelve, vuelve, hombre transgresor, a tu corazón, porque Dios Todopoderoso habla de paz a quien se convierte a su corazón. Dios te ha dado todas las cosas de este mundo, y tú por todas las cosas abandonas a Dios. Dios ha hecho todo por ti, y tú por todo te abandonas a ti mismo. Por todo lo que te sucede abandonas a Dios, y por eso todo te abandonará. Por las criaturas abandonas al Creador, y por eso todas las criaturas se levantarán contra ti, porque al ofender al Creador, ofendiste a toda criatura. Y por eso todas las criaturas, que fueron hechas para tu servicio y utilidad, se convertirán en tu venganza y penitencia; y ay de ti será sin fin, porque no quisiste tener el bien sin fin.

Reconoce, pues, hombre, reconoce a ti mismo. Reflexiona que no haces nada. Observa que eres vil y malo. Lloras, hombre miserable, lloras incesantemente tus pecados. Borra con lágrimas tus maldades y miserias, porque pecaste por tu propia voluntad. Que te desagrade sobre todo. Que te desagrade con todo tu corazón, y continuamente te desagrade, que osaste ofender al Señor de inmensa majestad, que tiene poder sobre toda carne, y puede enviar cuerpo y alma al infierno. Que te amargue amargamente tu corazón, que ofendiste a Dios, el supremo Padre de majestad incomprensible, de misericordia inefable, que es benigno y misericordioso sobre ingratos y malos, fácilmente, voluntariamente, con gusto y deleite. Que te desagrades totalmente a ti mismo, para que puedas agradarle totalmente a Él, que es el supremo, verdadero y único Dios, a quien nadie agrada, sino quien se desagrada a sí mismo; y nadie le desagrada, sino quien se agrada a sí mismo. Porque Dios disipa los huesos de aquellos que agradan a los hombres, y lo que es alto y hermoso ante los hombres, es abominable ante Dios. Es extraño de ti, hombre miserable; para el mal eres todo ávido, todo dispuesto, todo fácil, todo sabio y móvil, y todo solícito para el mal. Pero para el bien eres todo duro, todo perezoso, todo incrédulo, y rebelde eres para el bien.

¿De dónde te viene esto sino de la carne, que tanto amas y sigues? Porque sigues la carne, amas la carne; y porque sigues la carne, haces las obras de la carne, y con ella serás castigado. El fruto de tu carne es la lujuria, la concupiscencia, la debilidad, la fragilidad y el dolor. Gusano y podredumbre, hedor y fetidez. Tú mismo estás tan cegado por las tinieblas de la ignorancia, que no sabes qué eres. No prestas atención a dónde vas, ni adviertes tu hecho, ni entiendes las insidias del enemigo y las tentaciones fraudulentas, todo negligente, ni piensas hacia dónde deberías dirigirte. No conoces el camino, y no lo buscas, pues te queda un gran camino; buscas con diligencia comida, vestido y descanso, y todas las necesidades de la carne cuando las necesitas; pero de la vida y la salvación de tu alma siempre tibio no te preocupas, aunque siempre lo necesites, lleno de malicia y maldad. Hombre miserable, para alimentar y vestir tu cuerpo miserable, y satisfacer los placeres de la carne, que después de pocos días será devorado por los gusanos, trabajas solícito, corres y discurre, vigilas, no duermes para llenar el vientre, y por tu alma, que debe ser presentada a Dios en los cielos, ¿por qué no te fatigas solícito; para alimentarla con buenas obras, y vestirla con virtudes, para

que no aparezca la confusión de su desnudez? Hombre triste, siempre buscas llenar el vientre, y ¿por qué no alimentas el alma hambrienta? Siempre te preocupas por el vaso de estiércol, y ¿por qué no te preocupas por la imagen de Dios? Alimentas lo estéril, y lo que no da a luz, no sacias el alma hambrienta con bienes. Ay de ti, porque tu alma desfallece en ti por hambre. Ay de ti, y ay de ti será, porque das lo que es del César al César, y no das lo que es de Dios a Dios; y por eso eres maldito por Dios, y te confundes por Él. Mira, hombre miserable, mira, porque todo es vanidad, todo es necedad, todo es demencia, todo lo que piensas, todo lo que deseas, todo lo que hablas, todo lo que haces en este mundo, excepto solo lo que haces en Dios, y por Dios, y para la honra de Dios. Todo lo que haces sin Dios, todo es malicia y vanidad, porque nada es bueno sin el sumo bien. Ciertamente, la mayor miseria del hombre es no estar con aquel sin el cual no puede existir.

Mira, hombre miserable, porque fuiste creado a imagen y semejanza de Dios, y por el inmenso amor de nuestro Señor Jesucristo fuiste redimido y liberado con una muerte muy vil, y para ver la claridad del sumo Dios fuiste llamado solo por su inestimable misericordia, y desde que comenzaste a existir, por el altísimo Padre de toda verdad fuiste invitado a tener la vida eterna con Él a través de su único Hijo. Hombre miserable, reconoce este honor. Entiende tu dignidad y honor, con el que fuiste honrado por tan gran majestad. El eterno e inmenso Dios te creó, te formó, y te invitó. Máximo honor, y amplísimo amor. Reconoce, oh hombre, tu honor, y corre, dando gracias, al invitador, no sea que si ingrato no quisieras ir, sino que te impidieras con una villa, o bueyes, o esposa, el Señor airado mande que seas quemado, y se te cierre la puerta de la vida eterna para siempre. Reconoce, pues, oh hombre, tu honor, y honra a tu Creador. Pero ¡ay! hoy se puede decir correctamente de ti, hombre: El hombre, cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado con las bestias insensatas y se hizo semejante a ellas. Ciertamente es digno y justo que quien no quiso ser compañero de los ángeles, sea hecho semejante a las bestias, y quien destruyó en sí mismo la imagen y semejanza de Dios, es digno de que la imagen y semejanza de las bestias se adhiera a él. Reconoce, pues, a ti mismo, hombre miserable, reconoce que eres mejor que las aves, más digno que todos los animales. No seas semejante a las bestias insensatas, que solo piensan en la vida presente, que solo apetecen lo carnal y corporal, aman lo terrenal y temporal, porque no saben otra cosa.

Hombre, no te sometas a la carne, no seas amante del mundo. Ni te sostengas como hijo del diablo, por el honor de tu potentísimo, sapientísimo e incomprensible Padre, el altísimo Dios. Por el admirable nombre del Dios eterno no te constituyas adversario y homicida de ti mismo. Por el amor del benignísimo Dios no te hagas enemigo y contrario del Dios omnipotente. Por la grandeza y el amado Hijo de Dios, Cristo el Señor, no te hagas compañero de los demonios, y combustión del fuego eterno, que fuiste redimido con la preciosísima sangre del Cordero inmaculado. No desprecies tanto precio, que por ti el Hijo de Dios se dignó pagar, no sea que te envuelvas en incendios eternos. Entonces tendrás el mayor arrepentimiento, pero sin remedio. Entonces sufrirás un dolor inimaginable, pero sin fin estarás lleno de tormentos, nunca obstante serás aliviado. Porque quien no llora, cuando tenga tiempo de llorar, llorará con luto eterno, pero sin fruto. Vuelve, pues, a ti, vuelve, y no tardes en convertirte a aquel que te hizo con su poder, te redimió con su sabiduría, te llamó a sí con su inenarrable bondad, y aún te espera cada día, y te coronará. ¿Qué buscas fuera de Él? ¿Qué? ¿Qué deseas aparte de Él? ¿Qué te agrada sin Él? Él hizo todo, Él tiene todo, Él es todo. Todo lo bueno que deseas, todo lo hermoso que buscas, todo lo dulce y deleitable que requieres, todo lo encontrarás en Él, y en Él disfrutarás; si quieres gozar, Él es el gozo, etc.

Expuesto por el maestro Anselmo, esto lo recopiló N. Amanuense.

Dios formó al hombre solo con la palabra o la voluntad, no por medio de un ángel, como algunos quieren. Y nota que en otras obras dice el Génesis: Dijo Dios, y fueron hechas. Pero cuando habló de la creación del hombre dijo: Las manos de Dios hicieron al hombre; o: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, no que sin embargo fue hecho más que otros; sino para mostrar la dignidad del hombre, que fue hecho por el mismo sumo Dios artífice, no por sus operarios, y con gran consejo así fue hecho. Se dice que es a imagen de Dios, porque es racional y sabio como Dios. A semejanza así. Dios es uno, no como nosotros en quienes se unen diversas cosas, como sustancias o accidentes en uno, sino de manera inefable está en todo, y todo lo completa, y sin embargo no se altera por las cosas. Aun siendo cortadas, no es cortado; siendo truncadas, no es truncado; siendo aumentadas, no es aumentado; siendo disminuidas, no es disminuido; siendo ensuciadas, no es ensuciado. Si se pregunta cómo esto puede saberse, el alma es una semejanza de ello, el alma como en el cuerpo por el cual, siendo cortado, no es cortada; siendo aumentado, no es aumentada; siendo disminuido, no es disminuida; y así como a semejanza de Dios esto debe saberse, que la Escritura rara vez dice que el hombre es imagen de Dios, lo cual solo conviene al Hijo de Dios, sino a imagen. Agustín: Todo Adán, mientras quiere perversamente ser semejante, cae en cautiverio, de donde clama a aquel de quien cayó: ¿Quién es semejante a ti? Sin embargo, el hombre justo que ama a sus enemigos, y les hace bien, es semejante a Dios a cuya imagen fue hecho, que hace salir su sol sobre justos e injustos, y llueve sobre justos e injustos; pero esta es obediencia, no soberbia. Es, pues, bien semejante quien cree que Dios es el supremo, que no necesita de nada, y que él mismo no es por sí, sino en Dios: quien por sí mismo quiere ser como Dios, no es de nadie. Perversamente quiere ser semejante, como el diablo que no quiso estar bajo Él; y el hombre que... el siervo no quiso ser retenido por el precepto, quiso que nadie le dominara como si fuera Dios.

El maestro Anselmo sobre aquel verso: Porque convenía que aquel por quien son todas las cosas y de quien son todas las cosas (Hebr. II, 10).

Dios omnipotente, si no hubiera creado ninguna criatura, podría haber sido plenamente bienaventurado en sí mismo, ya que no necesita de nada, sino que es completamente suficiente en sí mismo. Sin embargo, deseando en su suma bondad que la criatura fuera beatificada, lo cual solo sería posible a través del conocimiento y amor de Él, creó a las criaturas angélicas para que lo alabaran, no para que Él ganara algo con sus alabanzas, sino para beneficio de ellas. Además, con la misma bondad, para que la alabanza no fuera imperfecta, creó la criatura corpórea y quiso beatificarla. Por esta razón, infundió un espíritu racional en el cuerpo, de manera que, gobernándolo bien, pudiera ser beatificado en Dios junto con el cuerpo; y así la alabanza a Dios sería plena por parte de toda criatura. De ahí que se diga que todas las cosas alaban a Dios, mientras las criaturas racionales, es decir, ángeles y hombres, se esfuerzan y alaban el poder y la bondad maravillosa de Dios tanto en sí mismos como en las demás criaturas. Así, el Apóstol dice: Por Él son todas las cosas, es decir, para ser alabado y glorificado, y por Él todas las cosas no son nada, es decir, superfluas. Si esto es verdad, y de hecho lo es, es necesario que el hombre sea conducido a la gloria: esta necesidad no proviene de otra cosa que de la gran bondad de Dios que hemos mencionado, pero el hombre se perdió por su pecado. Por lo tanto, no es conducido a la gloria, por lo tanto, él no alaba; consecuentemente, la criatura corpórea no alaba; por lo tanto, fue hecha en vano. Si esto es así, entonces ni siquiera los ángeles alaban plenamente, ya que su número está disminuido. Para suprimir todas estas incongruencias desde la fuente de donde proceden, establezcamos que el hombre perdido sea conducido a la gloria, cuyo orden de salvación gloriosa, con la ayuda del mismo autor, veremos. Dios creó al hombre de tal manera que, si le obedecía, una vez cumplida la obediencia, sin interponer la muerte, pasaría de mortal a

inmortal; pero si no, de mortal caería en la muerte. Persuadido por el diablo, según la terrible amenaza de Dios, de mortal se hizo muerto, y justamente fue poseído por el diablo a quien había consentido voluntariamente. Sin embargo, Dios quiso buscarlo, porque aunque cayó voluntariamente, fue por la persuasión ajena. El diablo, por otro lado, no debía ser buscado, porque en la firmeza de su naturaleza cayó por sí mismo, sin ninguna persuasión externa. Por lo tanto, era necesario que tuviera un autor de salvación, por el cual pudiera regresar a Dios con justa razón. Veamos entonces quién pudo haber sido ese autor. Si fuera simplemente Dios, podría ciertamente vencer al diablo, liberar al hombre; pero esto solo sería poder, no razón de justicia, si al diablo, que tenía el imperio de la muerte, como dice el Apóstol, aunque hubiera invadido injustamente una cosa ajena, le quitara al hombre que le había consentido voluntariamente y que justamente poseía. Si fuera simplemente hombre, ¿cómo podría resistir en una naturaleza corrupta, quien en un estado mejor, sucumbió tan fácilmente? Aquí se debe notar que la gracia de Dios no fuerza el libre albedrío. Nuevamente, si un ángel emprendiera esta lucha, no habría razón para que el diablo, vencido, también perdiera al hombre. Pero tampoco un ángel podría hacer esto en el hombre, porque si en su naturaleza simple y fuerte fue encontrado débil, mucho más sería encontrado débil al mezclarse con esta naturaleza débil, es decir, la humana. Por lo tanto, es necesario que ese autor de salvación sea Dios en el hombre, quien por ser Dios, pueda; por ser hombre, deba, en un orden muy adecuado; para que así como el diablo invadió primero una cosa ajena con mala astucia, así Dios, por decirlo así, con buena astucia, hiciera suya la cosa por gracia: y así como aquel hombre sucumbió por su propia libertad, así este hombre resistiera al diablo por la libertad del albedrío: y debía sufrir, para que el diablo pecara en él al castigarlo, en quien no encontró culpa. A este, como a los demás, lo atacó con toda clase de tentaciones, primero con halagos, como un dragón, luego con asperezas, como un león: finalmente lo mató; y así perdió justísimamente todo su dominio sobre los hombres, al extenderse más allá de lo permitido. De ahí que aún la ley común establece que quien exige más de lo debido, pierde lo debido. Así, pues, en aquel que no consintió, perdió su derecho, así como en todos sus hijos que imitan su inocencia. Ahora bien, este no debía permanecer en la muerte, porque de este modo no habría beneficiado ni a sí mismo ni a otro. Por lo tanto, debía ser consumado por la pasión, para que así consumara a sus seguidores; y esto es lo que dice el Apóstol: Convenía, etc. Nota cada paso. Convenía llevar a muchos hijos a la gloria a Él, es decir, al Padre, por quien, es decir, para ser alabado y glorificado, fueron hechas todas las cosas; y esto dando al autor de la salvación, es decir, a Cristo, y dándolo a la pasión, y así consumándolo. Si atiendes diligentemente a este orden, verás que el hombre debía ser salvado, incluso si ningún ángel hubiera caído.